



LA MÁSCARA PRECIOSA DEL MUSEO

Y un nuevo libro del arqueólogo Saville

Acaba de recibir el Museo un estudio muy interesante y hermosamente ilustrado del sabio investigador de arqueología, Mr. Marshall H. Saville. Forma el volumen VI de las publicaciones del joven, entusiasta y ya importante por su contingente a la ciencia y por sus preciosas colecciones, Museo del Indio Americano (Heye Foundation), establecido en la ciudad de Nueva York. El estudio del Sr. Saville está en inglés, y se intitula "Arte de mosaico de turquesa en el antiguo México".

Sugestivo por demás es el título, y el interés se acrecienta recorriendo los magníficos grabados que adornan el volumen, los cuales reproducen, por vez primera, según parece, la totalidad de objetos preciosos de mosaico de turquesa conocidos en el mundo como de manufactura de los mexicanos anteriores a la conquista. Para ser del todo completa, uno sólo falta a la colección presentada por el Sr. Saville, y es la bellísima máscara procedente de Guerrero, hoy tesoro del Museo Nacional.

Pero las ilustraciones de la obra del Sr. Saville sirven perfectamente para apreciar la autenticidad de la pieza del Museo. Inmediatamente se nota la semejanza de la técnica empleada en la colocación de las plaquitas de turquesas, jadeíta y otros nobles materiales, y la analogía del corte de las mismas, enteramente irregular en todos los casos. Esto era de esperarse tratándose de labor ejecutada a mano; sólo una máquina moderna hubiera elaborado plaquitas regulares.

Precisamente dicha irregularidad es una de las circunstancias que inducen a admirar el bello resultado del mosaico, en la máscara del Museo y en los ejemplares de la obra del Sr. Saville. El efecto patentiza en un caso y en los otros, inmensa habilidad, mucha paciencia, un trabajo muy lento, y exquisito buen gusto.

Es sensible para la obra de Saville, que el sabio prescindiera de publicar la fotografía de la pieza del Museo, pues su sólo aspecto, en comparación con las congéneres de Europa y los Estados Unidos, manifiesta la autenticidad del objeto. Los materiales del mosaico también son idénticos: turquesa, jadeíta, concha roja y blanca, etc. El pegamento empleado es también resinoso. Sólo la máscara misma, difiere, haciendo al ejemplar de México el segundo de los casos conocidos, en que el mosaico se encuentra aplicado sobre piedra y no sobre madera. Pero de que el caso sea poco frecuente y aun extraordinario hasta el momento, no se sigue que la pieza deje de ser genuina. De cualquier modo, existe un antecedente (la estatua procedente de Cozcatlan, ejemplar de este Museo) y nuevas exploraciones pueden reservarnos nuevas sorpresas. Es sensible, también, que el sabio reproduzca las fútiles e inexactas objeciones del Sr. Arreola, cuyos trabajos hasta hoy carecen de importancia y abundan en errores notorios; y que no haga mérito de diez dictámenes favorables a la pieza, publicados por este Museo. Suponemos que le eran desconocidos, y esperamos que rectificará cuando los conozca y, sobre todo, cuando vea personalmente la máscara.

Mientras tanto, diremos que la adquisición de quince nuevos objetos indígenas de mosaico, hecha por el Museo del Indio, enriquece prodigiosamente este linaje de tesoros, pues los ejemplares diseminados por todo el mundo, en el curso de cuatro siglos, y producto en su mayoría del regio presente de Motecuhzoma a Cortés, alcanzaban apenas a veinticuatro. Estos nuevos quince ejemplares, uno de ellos precioso entre los preciosos, provienen, según parece, de una sola localidad de la Mixteca, que el Sr. Maudsley, naturalmente, no cita. La Oficina mexicana que debiera ser la primera en saberlo, calla profundamente sobre el particular. De todas maneras, el acervo artístico y científico de las culturas aborígenes se ha enriquecido. Ya que no pueda México ufanarse con uno solo de esos objetos, que le pertenecen, al menos que nos corresponda la satisfacción de intentar la interpretación de los signos que contienen, toda vez que el Sr. Maudsley únicamente se aproxima a la verdadera inteligencia y que el Dr. Spinden fracasa lamentablemente.

Hablamos del precioso escudo cuyo grabado aparece en la carátula del libro. Trátase de la festividad del fuego nuevo. Por eso el cerro aparece coronado por la voluta característica de la *Xiuhcōatl* o ser del fuego secular. Realmente, la colina de Ixtapalapan o Culhuacan, vista desde el camino de Mexicaltzinco presenta una cúspide de forma semejante a esa voluta; sin duda por eso la escogieron los indios para la ceremonia secular. En el precioso escudo, el nuevo Sol concedido a la especie humana aparece en el firmamento. El personaje que desciende, trae el fuego cíclico a la cumbre del

cerro. Los personajes laterales portan antorchas en la mano; posiblemente son sacerdotes; pero es más verosímil que representen a dos deidades.

Creemos que una de ellas es Quetzalcóatl, o sea el símbolo de la estrella Venus; el signo que ostenta en el carrillo suele traerlo la misma deidad, en los códices. Sin duda la escena está relacionada con la fiesta *Atamalqualiztli*, celebrada cada ocho años, término al cabo del cual coincidían parcialmente los calendarios del Sol y de Venus. Pero para que este ajuste coincidiera con una ceremonia del fuego nuevo, requiérese un lapso de 104 años, o sea 13 *atamalqualiztli*; sólo entonces los calendarios respectivos convienen en carácter y en numeral. Los arqueólogos conocen minuciosamente el mecanismo de este hecho.

La presencia de la voluta de la *Xiuhcōatl* patentiza que la *atamalqualiztli* esta vez coincide con una ceremonia del fuego; y por eso el nuevo Sol aparece prominentemente. Sin duda, los ocho discos de la parte inferior, y tal vez los cinco del firmamento, aluden a los ocho años solares equivalentes a cinco venusinos, o bien, indican las trece veces que debe repetirse la combinación en el curso del siglo de 104. Lo primero parece más probable, porque es natural que estos conceptos se expresen abreviadamente en la exquisita turquesa. De paso, haremos notar que entre los treinta y tantos objetos conocidos, preciosos, de mosaico, llama la atención que una gran mayoría de los que pueden interpretarse contengan atributos relacionados con Quetzalcóatl. Esto robustece singularmente nuestra tesis de que la máscara del Museo de México representa a ese personaje. Verosímilmente, la máscara de Roma y los bellísimos escudos de Londres y de Viena expresan algo análogo.

México, noviembre de 1922.

ENRIQUE JUAN PALACIOS.



